

Ediciones Lucas

A close-up photograph of a hand with light-colored skin and manicured nails, placing a dark blue puzzle piece onto a larger blue surface. The surface is covered with other puzzle pieces and faint white numbers, suggesting a complex task or a journey. The lighting is soft, highlighting the texture of the skin and the interlocking shapes of the puzzle pieces.

“EL RETORNO A LA VIDA INTERIOR”
EI-011121-068

“EL RETORNO A LA VIDA INTERIOR”

© 2021 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: noviembre 2021

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-011121-068

“El Retorno A La Vida Interior”

Dice Efesios 4:17

“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, 18teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón”.

El apóstol Pablo dice que los que no conocen a Dios tienen una mente vanidosa, andan a oscuras, y tienen un entendimiento entenebrecido e ignorante en cuanto a Dios. Ahora bien, si hiciéramos una encuesta entre los que somos Hijos de Dios, nos daríamos cuenta que la mayoría nos sentimos frustrados en cuanto a nuestra experiencia con el Señor. ¿En qué sentido? En el sentido de que la mayoría seguimos viviendo lo mismo que viven los que no conocen al Señor; tenemos los mismos fracasos, frustraciones y complejos que los incrédulos; Si somos honestos, en mucho caminamos y vivimos tan igual que ellos. Tal condición viene a ser peor para

nosotros porque podemos llegar a vivir de una manera hipócrita; podemos presumir de ser hijos del Señor, y en nuestra experiencia interior sabemos que estamos vacíos, en soledad, y en grandes conflictos. La mayoría de nosotros los que creemos en Dios sabemos que esto es así; sabemos que estamos en una condición de pobres, ciegos y desnudos, sin embargo, lejos de reconocerlo, lo que hacemos es refugiarnos en nuestro “falso yo” cristiano. Ahora aparentamos ser creyentes que “siempre están en victoria”, presumimos tener una gran fe, sin embargo, interiormente sabemos que estamos en miseria.

El apóstol Pablo nos aconseja que ya no vivamos como viven los impíos; él dijo esto porque a pesar de ser Hijos de Dios, y teniendo a Dios en nuestro ser, podemos seguir viviendo de una manera precaria en nuestras vidas. Seguramente la mayoría de nosotros tratamos de orar, de congregarnos, leer la Biblia, etc. pero no vemos mayor avance en nuestro desarrollo espiritual, y peor aún, nos desanimamos al ver cómo de cierto modo vuelven a reaparecer en nuestro vivir cosas de nuestro pasado sin Cristo. No nos sorprendamos de estas cosas que estamos

aseverando, porque si somos honestos, todos los hijos de Dios hemos experimentado esta dura realidad.

Ahora bien, la pregunta es ¿Por qué nos sentimos muchas veces alejados de la Vida de Dios? Daremos respuesta a esta pregunta de la siguiente manera:

1.- PORQUE PRETENDEMOS VIVIR
NUESTRA VIDA CRISTIANA HACIA
AFUERA Y NO HACIA ADENTRO.

La causa de mayor peso por la que nos sentimos alejados de la Vida divina es porque procuramos vivir según la vida exterior, y no según la Vida interior. Dice Efesios 4:22

“En cuanto a la pasada manera de vivir...”

Quiere decir que si hay una pasada manera de vivir, tiene que haber una nueva manera de vivir. Esta es la causa principal de por qué no vemos un efecto activo de la Vida de Cristo en nosotros, porque seguimos viviendo a la manera de la vida antigua, es decir, dependientes de lo exterior.

2.- PORQUE CUANDO VAMOS HACIA NUESTRO INTERIOR NO SABEMOS CÓMO CONDUCIRNOS EN TAL EXPERIENCIA.

La Nueva Vida que nos han dado en Cristo es lo más hermoso que nos puede acontecer a los seres humanos, sin embargo, si no sabemos cómo vivir hacia el interior, será como que nada ha acontecido.

No es que el Evangelio sea débil, o que no cause efecto en nosotros, si no que no sabemos cómo vivirlo.

Vamos a dividir este estudio en dos partes; a la primera parte le llamaremos: “EL RETORNO, y a la segunda parte le denominaremos: “LO QUE DEBEMOS HACER AL ESTAR EN CASA”

EL RETORNO:

La actitud normal de todo ser humano “caído” es querer vivir alejado de Dios. Cuando Adán y Eva cayeron en pecado en el huerto de Edén, lo primero que hicieron fue esconderse de Dios. Al igual que Adán y Eva nosotros también hacemos lo mismo, al ver nuestro pecado, lo primero que hacemos es

alejarnos de Dios. Nosotros los hijos de Dios hemos tenido la experiencia de que la Vida Divina venga a morar en nuestro espíritu, es decir, en la parte más profunda de nuestro ser. Cuando nuestra alma se da cuenta de que Dios ha visitado nuestro espíritu, hace lo mismo que Adán, sale huyendo y procura alejarse de la Vida Divina. Nuestra alma (o hombre exterior) está programada para huir de Dios. Esto es como aquellas personas que tienen un perro, y tienen la costumbre de llegar a casa y darle una patada por puro gusto. El perro con el tiempo aprende que debe mantenerse a la distancia de esa persona, porque sabe que al estar cerca lo único que conseguirá es una patada. Estos hábitos pueden llegar a impregnarse tanto en las mascotas, que aún cuando el dueño quiera tratar diferente al perro y darle un buen filete de carne, el perro va a preferir estar a la distancia. Más o menos así es lo que nos ha dejado a nosotros el pecado. Debido a la caída y a las consecuencias que heredamos por ser descendientes de Adán, de manera innata aprendimos a huir de Dios. Ahora que Dios ha venido a nuestro espíritu, nos hace misericordia, nos restaura, nos bendice, etc. reaccionamos como de costumbre, nos

alejamos de Él, así como hacen los incrédulos.

Por años aprendimos a vivir y a reaccionar por lo externo, es más, somos el resultado de lo que vivimos exteriormente desde los días de nuestra niñez. Todos los seres humanos guardamos información en nuestra memoria emocional, y mucha de esa información ni siquiera la recordamos a nivel de nuestra mente, porque ésta aún no funcionaba para formular pensamientos y recuerdos. Éramos tan solo unos niños cuando empezamos a sufrir los golpes de la vida. Muchos niños sufrieron a causa de tener que estar solos, sin el cariño de su madre; otros sufrieron rechazo, ya que nunca fueron deseados por sus padres; otros fueron violados, etc. todas estas vivencias se convirtieron en traumas, en heridas, en problemas psicológicos de los cuales aprendimos a huir. ¿De qué manera aprendimos a huir de los dolores de la vida? Para huir nos inventamos refugios emocionales. Así como Adán y Eva se escondieron detrás de los árboles, nosotros aprendimos a escondernos en ciertos refugios emocionales, alejados de Dios.

Estos refugios emocionales no son más que cosas externas en las cuales nos refugiamos, y a la vez huimos de Dios. Por ejemplo, para muchos un refugio emocional puede ser su adicción desmedida a ver NETFLIX. Cuantas horas de escape nos propicia NETFLIX, cuantas maratones de series podemos ver continuamente, y ¿qué hacemos en todo ese tiempo? ¡¡Huimos de Dios!! Así mismo pueden también convertirse en refugios emocionales las amistades, los sentimientos, la comida, la ropa, las redes sociales, etc. todos éstos son factores externos en los cuales nos escondemos de nuestra precaria realidad interior. El problema es que tarde o temprano tenemos que llegar a nuestro interior, y es allí donde nos frustramos más, pues, nos damos cuenta que estamos vacíos, que tenemos traumas, que tenemos muchas situaciones insolventes, etc. Esta triste realidad puede ser una experiencia de vida aun en los hijos de Dios.

Dice Mateo 13:18

*“Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador:
19 Cuando alguno oye la palabra del reino y no la
entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue
sembrado en su corazón. Este es el que fue
sembrado junto al camino. 20 Y el que fue
sembrado en pedregales, éste es el que oye la
palabra, y al momento la recibe con gozo; 21 pero
no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración,
pues al venir la aflicción o la persecución por causa
de la palabra, luego tropieza. 22 El que fue
sembrado entre espinos, éste es el que oye la
palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las
riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa”.*

Un detalle en común, de las personas que son mencionadas en este pasaje, es que habían fincado su vida en las cosas externas. Uno dice que estaba junto al camino, y el otro careció sin raíz profunda; Vino la aflicción, aparecieron las turbulencias de la vida, y eso les trajo tropiezo. No podemos vivir la Vida en Cristo a expensas de lo externo, nos urge cambiar nuestro modo de vivir, es necesario interiorizar. Evangélicamente aprendimos que el creyente genuino debe tener cierta conducta, es decir, ya no debe ser borracho,

S
E
M
A
N

A

—
2
—

ni drogadicto, ni tener ningún otro vicio. No vamos a negar que no tener vicios es algo muy bueno, sin embargo, el éxito del Evangelio no estriba en las exterioridades. Si le preguntáramos a todos los hermanos que dejaron sus vicios al venir al Señor, si ya no tienen problemas en su ser interior, sin excepción alguna, todos contestarían que aún siguen luchando con la vana manera de vivir; es decir, todavía tienen grandes problemas en su interior. El creyente no debe vivir de las cosas externas, sino debe ir creciendo y arraigándose hacia adentro, pero para ello debe aprender a vivir y entender su interior. Por ejemplo, al ver una película no estamos viviendo hacia adentro; en ese momento la percepción interior (en el espíritu) es muy poca, nuestra experiencia de vida está fincada en una imagen externa. Hermanos amados, cuánto tiempo de nuestra vida vivimos sólo en el exterior, es por eso que no crecemos verdaderamente, ni damos frutos para el Señor.

El Evangelio genuino debe ser como una semilla que echa raíces hacia adentro, pero nosotros hemos cometido el error de seguir viviendo igual que los incrédulos, buscando exterioridades. El ser humano es insaciable,

hoy cree estar con el “amor” de su vida, y a los pocos días ese amor ya se marchitó y empieza a buscar a alguien más; en esto consiste la vana manera de vivir. Esta fue la causa por la que el hijo pródigo abandonó la casa del Padre; él dejó de estar agradecido por todo lo que tenía adentro de casa, y en su corazón empezó a desear todas las cosas de afuera. Muchos creyentes caen en la situación de este hijo, están en casa, pero interiormente ya no se sienten felices en la casa del Padre. La mayoría conocemos la historia del hijo pródigo, podemos ver que es similar a la de Adán y Eva, y la tendencia es la misma: alejarnos de Dios. Hay exterioridades que son muy peligrosas porque tienen apariencia de piedad, pero al final el efecto es el mismo, son salidas que tomamos con tal de no querer retornar al interior.

En la Biblia encontramos la historia de José, el hijo de Jacob. A este hombre le fue mal en la vida, sus hermanos lo vendieron como esclavo, luego en Egipto lo metieron a la cárcel, etc. Todos sabemos que milagrosamente a raíz de interpretar un sueño al Faraón, llegó a ser el segundo en toda la tierra de Egipto. Cuando José llegó a ser alguien importante, él trató de borrar todo su

pasado doloroso, es por ello que se vestía como Egipcio, vivía como Egipcio, se casó con una Egipcia, tuvo hijos, y obviamente se metió de lleno en su trabajo donde pasó muchos años amasando dinero para el Faraón. José se entretuvo muchos años en Egipto viviendo de las exterioridades, tratando de huir de sus conflictos interiores. Es más, tuvo un hijo al cual le llamó Manases, que su nombre quiere decir “El que hace olvidar”, pero tampoco eso le ayudó a superar sus problemas interiores. Hermanos, ni siquiera atendernos a nosotros mismos es interiorizar, lo único genuino que debemos atender en nuestro interior es a Dios mismo. Es necesario llegar a la conclusión de que no hay nada externo que nos pueda transformar, nada externo puede darnos lo que necesitamos en el interior, sólo la Vida de Cristo Jesús es capaz de llenar todo vacío interior.

Nuestros conflictos interiores se acrecientan en la medida en la que vivimos hacia afuera. El profeta Elías dijo:

*“Vive Jehová de los ejércitos, en cuya presencia
estoy...”*

(1 Reyes 18:15).

¡Qué convicción más maravillosa la de este hombre! Su vivir era interior, todo lo que él vivía no dependía de lo exterior, sino de que siempre estaba delante de Dios. Esta es la misma experiencia que tenía el apóstol Pablo, por eso él también decía: “... *lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios*”. Lo que Pablo hacía era creer que Dios estaba viviendo en él, y viceversa. Hermanos, pensemos qué tanto vivimos hacia afuera, o hacia adentro. ¿Cuánto tiempo estamos dedicando a vivir en oración delante de Dios? ¿No percibe usted cuando el Espíritu Santo lo cela, y lo redarguye a estar en unión con Dios? ¿Qué hacemos en ese momento? Si estamos acostumbrados a vivir de lo exterior, en lugar de responder a la intimidad con Dios, seguro nos vamos a acordar de todas las cosas pendientes que tenemos, y una vez más, estaremos yendo hacia afuera, alejándonos de la Vida de Dios. ¿Acaso no nos ha acontecido que a veces el Espíritu nos está moviendo a leer la Biblia, y hasta intuimos el pasaje que debemos leer? ¡Ah! pero justo tomamos el celular para leer el pasaje, y cuando menos sentimos, en vez de leer la Biblia estamos viendo el facebook. Otra cosa que nos sucede al leer la Biblia es que nos da

un sueño bien pesado, solo abrimos la Biblia y nos dormimos; lo raro es que nomás dejamos de leerla, tomamos el celular, y se nos va el sueño. La idea al mencionar ejemplos como estos no es que nos sintamos bajo condenación, sino que nos demos cuenta que le huimos a vivir en el interior.

Dios quiera que nuestros ojos sean abiertos, al igual que le abrieron los ojos al hijo pródigo, que ya cuando había caído en lo más bajo, se dio cuenta que estaba muriéndose, cuando en la casa de Su Padre había abundancia. Que podamos atender la voz del Espíritu que nos insta a retornar a la vida hacia adentro, seguro que nuestros conflictos interiores se van a desvanecer en la medida en la que vivimos y estamos con Dios en nuestro interior.

“LO QUE DEBEMOS HACER AL ESTAR EN CASA”.

Dice Mateo 6:5

“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”.

¿CÓMO PODEMOS RETORNAR A LA VIDA INTERIOR?

Una de las maneras más fiables para retornar a nuestro interior es no siendo religiosos. Muchos creyentes convierten el conocimiento del Señor en doctrinas religiosas, precisamente, por querer vivir hacia afuera. No estamos en contra de la prosperidad, ni en contra de los milagros, pero no dependamos de ello porque son cosas externas. Está bien que ejerzamos los dones de Dios, pero no seamos hipócritas usándolos solo para ser vistos por los hombres. Si de verdad amamos a

S
E
M
A
N
A

—
3
—

Dios, encerrémonos en nuestro aposento, y allí tengamos intimidad con Él. La hipocresía religiosa es una de las cosas que más nos impide vivir en el interior. No necesitamos ayunar, ni que nos vean el rostro demacrado a causa de penitencias auto impuestas. Dios no está en los ritos, Él está cerca del corazón contrito y humillado. Parafraseando este pasaje, el consejo que nos dio el Señor Jesús fue: “Abandonen la religión, no pretendan orar, ni acercarse al Padre con un manto religioso”.

La Biblia nos relata la historia de Ofni y Finees, los hijos de Elí, dos hombres corrompidos a los que Dios mató porque se atrevieron a llevar el Arca del Pacto a la guerra. El Arca del Pacto era la figura de la Presencia misma de Dios, era un mueble que descansaba todo el tiempo en el Lugar Santísimo. Los hijos de Elí eran unos hombres corruptos, eran sacerdotes solo porque pertenecían al linaje sacerdotal, pero lo que menos hacían era atender las cosas de Dios. Un día, mientras Israel estaba siendo vencido en batalla por los filisteos, se les ocurrió a estos hombres llevar el arca a la guerra. Ellos quisieron hacer uso de la Presencia de Dios externamente, algo que

nunca atendían en secreto; y el resultado de esto fue que ellos murieron ese día. Esta historia es una figura de la invitación que nos hace la religión; nos incita a que obtengamos glorias externas a expensas de las virtudes divinas que son inherentes a Dios. Hermanos, el mucho cantar, el mucho hablar, y el uso de los dones jamás nos va a cambiar. Tengamos cordura espiritual para entender estas cosas. Les rogamos encarecidamente que procuremos adentrarnos a la Vida interior, aprendamos a permanecer en el Lugar secreto, sólo allí vamos a palpar nuestra verdadera condición.

¿Por qué le huimos a estar a solas con Dios? Porque sabemos que allí no puede haber engaño, nos damos cuenta de nuestra verdadera realidad interior. Hermanos, vencamos el miedo de llegar a nuestro interior. Ciertamente a la mayoría nos da temor ir a la profundidad de nuestro yo porque tememos encontrarnos con sentimientos desagradables, o recuerdos que nos dañaron en el pasado, etc. definitivamente es más cómodo vivir en el entorno exterior de nuestra vida. Atrevámonos a creerle al Señor, entremos a nuestro aposento, y encerrémonos con Él. Sólo estando en unión

con el Señor en lo profundo de nuestro ser vamos a experimentar una verdadera liberación, y una genuina transformación.

Para terminar esta sección, pensemos un momento en el Tabernáculo de Moisés; éste tenía tres lugares: El Atrio, el Lugar Santo, y el Lugar Santísimo. El sacerdote acostumbraba ministrar las cosas sagradas desde el Atrio hasta llegar al Lugar Santísimo. En el Atrio habían muchos elementos externos, pues, este estaba descubierto, no tenía techo. Al llegar al Lugar Santo, el Sacerdote se encontraba en un lugar cerrado, pero allí había un candelabro, había luz. Finalmente, una vez al año, el Sumo Sacerdote entraba al Lugar Santísimo, un lugar más encerrado, donde todo era oscuro, y no había nada más que el Arca del Pacto, que era la misma Presencia de Dios. Procuremos nosotros hacer este recorrido, avancemos hacia adentro, lleguemos a ese lugar donde somos iluminados por la Palabra, y finalmente, descubramos esa dimensión más interna, la cual sólo la puede llenar Dios mismo.

Uno de los problemas que tenemos al retornar a nuestro interior es que no sabemos

cómo manejar esa experiencia; Y una de las razones por las que no sabemos qué hacer al estar a solas con Dios, es porque religiosamente nos enseñaron a vivir de las cosas externas. La religión evangélica nos enseñó que Dios es sinónimo de unciones, de milagros, de dones, y de toda virtud divina que se palpe en el exterior. Para nada vamos a negar que Dios sí se puede manifestar exteriormente y que Él ha dejado los dones para edificación de Su mismo Cuerpo, pero la relación personal que quiere tener con nosotros no es así. Leamos los siguientes pasajes que nos confirman esta verdad:

Juan 7:37

“Y en el último día, el gran día de la fiesta, Jesús puesto en pie, exclamó en alta voz, diciendo: Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. v:38 El que cree en mí, como ha dicho la Escritura: «De lo más profundo de su ser brotarán ríos de agua viva».

Juan 4:14

“... pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que brota para vida eterna”.

En ambos pasajes el Señor dice que la relación que Él tendrá con nosotros los creyentes es algo interior, y se dará a la manera de fuentes de agua que son capaces de saciar nuestra sed. La relación personal que Dios tendrá con cada uno de nosotros se dará a nivel interior, no exterior. Efectivamente, y tal como lo dice la Biblia, Dios pudo partir el mar rojo en dos, hizo que se detuviera la rotación de la tierra durante una noche, hizo que cayera pan del cielo, y así muchas otras cosas sobre naturales; sólo que eso no fue lo normal, ni lo que Él hizo todo el tiempo. Si de verdad queremos crecer en nuestra relación con Dios, debemos aprender que Dios no está en las cosas externas todo el tiempo. Cuando los hijos de Israel llegaron a Canaán (a la tierra prometida), allí cesó el maná, ya no cayó más pan del cielo, ya no los siguió la roca que daba agua, ni la nube que los guardaba del calor del día, ni la columna de fuego que aparecía todas las noches. Todo vino a ser una normalidad. Esto nos enseña que nosotros debemos agradecer a Dios cuando vengan los milagros, pero a la vez entender que no es la normalidad en la que Dios trata al hombre.

DIOS ES ESPÍRITU Y HABITA
INICIALMENTE EN NUESTRO
ESPÍRITU .

Muchos aprendimos en la religión evangélica que cuando creemos en el Señor Jesús, Él viene a habitar en nuestro corazón. En realidad, debemos ser muy cuidadosos y perspicaces con las palabras que empleamos para explicar esta verdad. Cuando nosotros creemos en el Señor Jesús, Él no llega a habitar inicialmente a nuestro corazón, sino a nuestro espíritu. Si nos disponemos a crecer en Dios, obviamente, llegará el día en que Dios tomará posesión de nuestro corazón, y Él habitará, y se expresará en todo nuestro ser. Esto lo podemos comprobar en los siguientes pasajes de La Biblia:

Juan 3:6

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”.

En esto consiste nacer de nuevo, en que el Espíritu de Dios llegue a morar a nuestro espíritu, y lo haga vivir bajo Su influencia Divina.

S
E
M
A
N
A
—
4
—

También dice: 1 Corintios 6:16

“Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él”.

Dice Romanos 8:10

“Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia”. v:16 “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”.

Ahora que hemos creído en Jesús, el Espíritu Santo es capaz de darnos testimonio a nuestro espíritu de que somos Hijos de Dios.

Al hablar de nuestro ser interior, debemos entender que éste está conformado por dos elementos muy diferentes, que son: el alma y el espíritu; y éstos son totalmente distintos el uno del otro. Para asuntos didácticos podríamos llamarle al alma “el ser interior más externo”; y al espíritu le podríamos llamar: “el ser interior más interno”. El Señor no habita inicialmente, ni influye en nuestro ser interior más externo. Una cosa sí es cierta, que el desarrollo y el crecimiento de todo hijo de Dios dependerá de cuánto influya Dios en

el interior más externo. El problema que nos sucede es que, aunque Dios viene a morar a nuestro espíritu, cuando palpamos nuestra alma, nos damos cuenta que allí todavía está oscuro, nos damos cuenta que los conflictos emocionales siguen insolventes, seguimos en soledad, en ansiedad, en depresión, y hasta llegamos al punto de dudar si somos Hijos de Dios. No dudemos de nuestra salvación a pesar de que miremos muchos conflictos en nuestra alma, porque como leímos anteriormente, el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Aunque pareciera en algunos momentos que la Vida de Cristo no ha hecho nada al venir a nuestro ser, no dudemos de que somos una nueva criatura, lo que debemos hacer es retornar a nuestro interior de más adentro. Lo peor que podemos hacer es darnos a la retirada, y ya no seguir tratando de interiorizar.

Otro de los errores que cometemos los creyentes, es que nos distraemos en el activismo religioso. Ahora como Hijos de Dios, aunque procuramos ya no alejarnos de Él por causa de los vicios y los pecados de la carne, no nos damos cuenta que igualmente nos alejamos de Dios al optar por “servir” en

tantas cosas en la Iglesia. Inconscientemente nuestra alma sigue con la misma tendencia de estar lejos de Dios, sólo que ahora ya no con cosas pecaminosas, sino con prácticas religiosas que no son más que otra excusa que ponemos con tal de no ir a nuestro interior. Vencamos el miedo de ir a nuestro interior, avancemos, pasemos de nuestro “interior más externo”, al “interior de más adentro”, allí es donde encontraremos la Vida de Dios cual fuente de aguas vivas. El fluir de la Vida Divina no la encontraremos en nuestra alma, sino en nuestro Espíritu ya regenerado.

Tengamos claro que la travesía para llegar al “interior de más adentro” no es algo instantáneo. Esta experiencia es similar a la figura que pusimos del Tabernáculo de Moisés; los Sacerdotes empezaban ministrando en el Atrio, luego pasaban al Lugar Santo, hasta finalmente llegar al Lugar Santísimo. No tengamos temor de tener que pasar por nuestra Alma, no podemos obviar lo que hay allí, sin embargo, la meta es llegar todavía más adentro.

A continuación, trataremos de enunciar algunas de las razones por las que debemos interiorizarnos a nuestro espíritu.

1.- EXPONERNOS ANTE EL SEÑOR
PARA QUE SEAN ILUMINADOS LOS
OJOS DE NUESTRO CORAZÓN, PARA
CONOCER LA RIQUEZA QUE
TENEMOS POR SU VIDA.

Dice Efesios 1:17

"pidiendo que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en un mejor conocimiento de Él. v:18 Mi oración es que los ojos de vuestro corazón sean iluminados, para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento, cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos".

Notemos que el Apóstol Pablo no oró para que fueran iluminados los ojos de nuestro espíritu, ni tampoco los ojos del alma, sino los ojos del corazón. El corazón es como un resumen de todo nuestro ser interior, allí está incluida el alma (con todas sus funciones) y el espíritu. El corazón es la manera en la que expresamos nuestro "Yo".

En este pasaje leemos que la oración de Pablo era para que Dios nos diera revelación en un mejor conocimiento de Él. La palabra revelación quiere decir: "Quitar el velo", es decir, que sea quitado aquello que impide ver

la realidad. Bajo este contexto oraba el apóstol Pablo, para que fuera quitado el velo, ¿cuál era ese velo? El velo que tenemos entre el alma y el Espíritu. Esto es como lo que aconteció el día que murió el Señor Jesús. La Biblia dice que

“el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo”
(Marcos 15:38).

Recordemos que, tanto en el Tabernáculo de Moisés como en el Templo de Herodes existía un velo que dividía el Lugar Santo del Lugar Santísimo. Sólo el Sumo Sacerdote en turno podía entrar una vez al año al Lugar Santísimo, él era el único que podía entrar a ese lugar, de allí nadie podía ver el Arca del Pacto porque, precisamente, había un velo que no permitía verla. La Escritura dice que el día que murió el Señor, ese velo se rasgó, ese día todos pudieron ver lo que por años había sido un misterio. En esto consiste la revelación que necesitamos, en que sea desvelado nuestro espíritu. No nos quedemos viendo el velo del alma, porque allí solo veremos nuestros problemas, nuestros temores, nuestros traumas, nuestros conflictos insolventes, etc. Pidámosle al Señor que sea removido ese velo.

2.- EXPONERNOS ANTE EL SEÑOR PARA CONOCER CUÁL ES LA ESPERANZA DE SU LLAMAMIENTO.

Al correrse el velo vendrá la revelación, y ésta nos dará Esperanza. La Esperanza es lo que nos confirma lo que Dios nos da con miras al futuro. Ahora que ya somos creyentes, nos es necesario saber cuál es la Esperanza a la que nos han llamado. Cuánto necesitamos tener la revelación de que nuestra vida no está fincada sólo para esta era terrenal. A veces nos sentimos tan ofuscados en esta vida porque no tenemos Esperanza en una Vida venidera. El velo de nuestra alma y sus conflictos es tan grueso que no logramos ver más allá de esta vida natural. Hermanos, necesitamos encontrar Esperanza en la Obra de nuestro Señor Jesucristo, Él no sólo nos solucionó esta vida, sino también la venidera. Si tuviéramos tal revelación, lo que todos quisiéramos es partir con el Señor. El día que muramos se harán efectivas muchas promesas que hoy las hemos tomado en Esperanza. La Esperanza es capaz de atravesar el velo de nuestra alma, y darnos contentamiento

S
E
M
A
N
A
—
5
—

como Hijos de Dios, a pesar de los embates que podamos tener en esta vida. Dice Colosenses 1:27

“... Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”.

3.- EXPONERNOS ANTE EL SEÑOR PARA CONOCER CUÁLES SON LAS RIQUEZAS DE SU GLORIA.

Al tener revelación también podremos ver las riquezas de la gloria. Esto se refiere a las virtudes divinas que fueron puestas a nuestro alcance por el hecho de ser miembros de la familia de Dios. Nuestro problema es que a veces vivimos como que fuéramos pobres, vivimos como el hermano del pródigo, que terminaba cansado todos los días, como un jornalero, cuando él podía gustar de toda la riqueza de Su Padre. ¿Acaso no hay días que nos sentimos sin la paz de Dios? ¡Sí! porque no vivimos bajo la revelación. En una ocasión el Señor dijo:

“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”

(Juan 14:27).

Así viven los que tienen revelación, con paz, sin miedo. No nos envolvamos en el velo de nuestra humanidad, porque allí sólo hallaremos miedo, faltantes, debilidad, más bien, vayamos a nuestro ser interior más adentro dónde encontraremos la Vida de Jesús, y las riquezas que tenemos en Él.

4.- EXPONERNOS ANTE EL SEÑOR
PARA QUE OPERE EN NOSOTROS EL
PODER DE LA RESURRECCIÓN, QUE
ES CAPAZ DE LIBERTARNOS Y
TRANSFORMARNOS.

Finalmente, si nos exponemos a la experiencia de interiorizar en nosotros veremos cómo nuestra alma será liberada y transformada. No tengamos temor de retornar a nuestro interior, sólo allí encontraremos liberación y transformación. A continuación, leamos unos versos en los que podemos contemplar la experiencia de vida que tenía un hombre que se atrevió a vivir en su interior de más adentro. Dice 2 Corintios 6:3

*“No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo,
para que nuestro ministerio no sea vituperado; 4 antes
bien, nos recomendamos en todo como ministros de*

Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; 5 en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; 6 en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, 7 en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; 8 por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; 9 como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; 10 como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo”.

El apóstol Pablo aprendió a no vivir de su interior más externo, sino que él vivía de lo que obtenía de su interior de más adentro. Pablo tenía tristezas, problemas, pobreza, y muchas otras vicisitudes, sin embargo, él traspasaba el velo para encontrar gozo, riqueza, y todas las virtudes que le daba la Vida de Jesús. Hermanos, así como el apóstol Pablo tenía problemas en su alma, los tenemos nosotros que somos Hijos de Dios, y todos los seres humanos, sin embargo, la diferencia está en correr el velo, y poder llegar a la fuente de aguas vivas en nuestro espíritu. Expongámonos al Señor, no tengamos temor, seguro que seremos transformados.

Efesios 1:19Ñ

“y cuál es la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, conforme a la eficacia de la fuerza de su poder, v:20 el cual obró en Cristo cuando le resucitó de entre los muertos y le sentó a su diestra en los lugares celestiales”.

Estos versos nos hablan del poder de la Vida de resurrección. Este poder cohabita en cada uno de nosotros en nuestro espíritu, y no es otra cosa que el Señor mismo. Aquel que no lo pudo retener la muerte, ni el infierno, ni Satanás, y que los venció a todos habita en cada uno de nosotros en nuestro interior de más adentro. Si nosotros le permitimos al Señor que traspase el velo de nuestra alma, Él es capaz de transformarnos, libertarnos, y darle Vida en abundancia a todo nuestro ser.

Cuando el Señor resucitó,

“... quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio”

(1 Timoteo 1:10).

Esta es la obra que el Señor quiere hacer en nosotros, quitar la vida mortecina que tenemos en nuestro interior de más afuera. A esa alma entristecida, opacada, y condenada a

la muerte, Dios le quiere dar Vida e inmortalidad. Permitamos que esa Vida de resurrección salga de nuestro interior de más adentro, y le transmita el poder de resurrección a nuestro interior de más afuera. ¡Aleluya! La Vida de resurrección vence, es capaz de liberarnos, transformarnos, y conformarnos a la Imagen y semejanza de Dios.

Terminemos pensando en la letra del siguiente coro:

UN ESPACIO CON TERRIBLE OSCURIDAD

*Un espacio con terrible oscuridad
Un vacío, una nada en mi interior
Un lugar donde no te puedo ver
Un silencio que provoca soledad
Es mi alma todo lo que hay en mi
Es la ausencia de la influencia de tu ser*

*Que me invita a vivir, a caminar por fe
Sin tocar, sin tener nada en mi ser
Oh, Señor quiere verte más allá
De lo que mi alma pueda percibir
//Y caminando en esta vida, Viva escondido en Ti
No importando lo que pueda suceder//*